

Fragmento de novela

Mención (Concurso XXIII, 1990)

CONTRAESQUINA DEL DESEO

Alejandro Ernesto Ortíz González *

Capítulo I

Alma de negra, es pronto para partir.

Entré despacito, despacito, lo único que iba a recoger era la botella de güisqui que me había regalado tu abuelo, un buen tío después de todo, pero ZAS, ni llorar, ahí estabas, calatita en medio de la cocineta integral con mosaico español, espiando mis torpes y lentos movimientos en busca del pomo perdido, porque deveras que nunca lo encontré, segurito lo esconderías tú, pero cuando lo pienso de nuevo creo que más bien ya lo había vaciado con mi compadre Pauliño del Morral una semana antes, en fin, en ese momento no hubo lugar para reflexiones metafísicas, sólo tú y yo: tú desnuda y al parecer muy divertida

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

mirando cómo me arrastraba por los suelos, y yo sin saber si reír o llorar, si iniciar una disertación sobre el efecto del celibato en el oso polar, a corto y mediano plazo, o de plano pedirte un café bien cargado, porque eso de dormir en la estación de ferrocarriles por tres días seguidos lo deja a uno peor que dos semanas de orgasmos ininterrumpidos, realmente agotado, con ganas de tomar un baño en tina y beber un trago doble.

—Y bien Joaquín, qué quieres aquí, te dije que no te quería ver más, date de santos que no he lanzado ninguno de tus libros al vacío, pero ya comienzan a estorbarme. Así que aprovechando que has venido como un ladrón, qué mejor que te los lleves de una maldita vez.

—...

Eso sí que fue el colmo, como un ladrón, si ahí eras tú la que me estaba robando el corazón, sentada en el *puf* con la pierna cruzada hábilmente para cubrir el sexo, los pechos firmes, la taza de café en una mano y el cigarrillo en la otra, ¡Dios!, y yo con una erección de multifamiliar, y me dices que vengo como un ladrón, como un vil... eso no se aguanta, así que me levanté muy digno y sacudí la gabardina, me alisé el cabello, extraje la última cajetilla de *Delicados* y encendí uno con mucha displicencia, para salir despacito, así como llegué, con una mueca en el rostro, que aún hoy, no sé si era una sonrisa de burla (y si lo era no serías tú la burlada), o un gesto de dolor por el fracaso de la aventura. Lo único que acerté a pesar, ya en la calle y frente a *La Ezencia de Caroline* fue que debía llegar temprano a la estación, si quería alcanzar una banca confortable para la noche.

...

Es entonces cuando suceden los cambios radicales en la vida. La mujer comienza a voltear en la calle para observar el trasero y el frente de otros hombres, y uno no acierta sino a enrojecer de temor si se es un tipo estúpido, y de cólera si se es macho.

No estaba mal ese primer párrafo después de veinticinco minutos de afrentar, más que enfrentar a la máquina. Los golpes en el teclado, aunados al silencio del cuarto, provocaban más de una sensación de espanto en mi interior. "Después de todo, esto también es una mierda", me descubrí pensando, al releer las líneas arrancadas al artefacto que me prestó el abuelo de Tamara. Arrugué mecánicamente la hoja y la lancé por arriba de la cama, atinando a un enorme cesto de ropa sucia, ahora convertido en basurero.

Me levanté de la silla de mimbre, encendí un *Delicado* y vacié el contenido de la taza de café. El líquido frío me refrescó un poco la garganta. Asomé la cabeza por el pasillo del edificio, y descubrí, a los pies del cuarto que tenía

enfrente, un hermoso ejemplar de *La Jornada*, esperando la mano de su auténtico dueño. Sin mucha prisa avancé un par de pasos, incliné el cuerpo y lo tomé de un tirón, sin preocuparme demasiado por mi robo. Era un lunes espléndido, nada podía salir mal aquel día.

La mujer se vuelve un poco avergonzada por el mal rato que ha hecho pasar a su hombre. Bueno, eso sí que no me lo aguanta Tamara, SU HOMBRE, ja. *Pide una disculpa con la mirada, no . . . no . . . no . . .*, si lo lee así, ya me estoy imaginando sus palabras, siempre en complicidad con mi santa madre.

—Pero quién te crees . . . A poco piensas que no voy a voltear a mirar un buen *cosito*, si se me antoja. O qué tú no miras a otras en la calle, y no por eso te voy a dejar . . . Como que ya estás grandecito para esas pendejadas —qué madrina me pondría, y la vieja monserga de mamá?—:

—Pero Joaquín, hijo, ¿no crees que estás siendo demasiado duro, por qué no lo suavizas un poco?, no vayas a tener un disgusto con Tamara— siempre igual, creyendo que todo lo que escribo es lo que en realidad pienso.

Y el macho más macho de mi tierra, CÁLLATE ESTÚPIDA, mientras el estúpido, NO MI AMOR, NO ENTIENDO DE QUÉ ME ESTÁS HABLANDO, en fin, todos mal ubicados en esto de las relaciones interpersonales.

Bueno, para qué hacerla larga, hace un mes que no veo a Tamara, y todo por imbécil, ésa es la palabra, no, no es la palabra, es la verdad, por estúpido engreído . . . Pero quién se va a imaginar que a un tipo como yo, se le va a ocurrir hacerle una broma a una tipa como ella, y menos en un día como ése, que, dicho sea de paso, era también un día espléndido, un lunes, precisamente un lunes como éste en que no encuentro las palabras adecuadas para decirle que en ése, el lunes de hace un mes, todo me salió mal: la broma, la sonrisa de perdóname o me mato, y por último, el lagrimón corriendo desbordado por la mejilla izquierda, y es que la derecha no pudo producir tal efecto, como que no estaba de humor; pero como digo, no encuentro las palabras y me molesta eso, porque no hay nada peor que estar solo en el cuarto de un condominio de tercera, cuando pudiera estar de maravilla, acompañado en un departamento de primera, con chimenea y botella de vino blanco sobre la alfombra. Y todo por pendejo, sí, ahora sí, por pendejo.

. . .

—Joaquín, es hora de levantarse, ya son once y media, si no te apuras se va a hacer tarde para ir al Centro.

¿Las once y media?, pero si apenas me acosté, mejor otro ratito ¿sí?, nomás tantito aquí entre tus brazos y con la cabeza sobre tus senos, esto es vida. ¿Al Centro?, y ¿a qué vas al Centro?

—Joaquín, apúrate, no seas flojo, tengo que ir a ver a mamá, la cita es a las doce.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso mujer, para qué me levanto si la que tiene una cita con su mamá eres tú?



Fragmento de novela

—Por la sencilla razón de que me vas a acompañar, no seas payaso y levántate, tenemos veinte minutos para estar listos.

—Nooo, un momento, lo siento mucho pero yo debo quedarme a cuidar tu patrimonio, además tengo que corregir algunos textos, sabes que estoy haciendo uno sobre un monje budista que llega a Italia en busca de una puta de setenta años, la cual viene a ser algo así como su segunda madre, pero él. . .

—¡Está bien, pero luego no digas que no te invito a ver a mi familia!

—Muy bien, vamos, es sólo que tu madre me da la impresión de que no le agrado mucho, después de todo la comprendo, su hija, una mujer tan bella, tan rica, riquísima, con tanto futuro, enredada con un tipo como yo, tú sabes, una verdadera desgracia.

—Sí papacito, cómo no, lo que pasa es que te da miedo mamá y no tienes el valor para enfrentarla.

—Está bien, no digas más, vamos allá.

Con todo el sermón y la verdad encima, la verdad de que su madre me aterra, subí al auto de mi compañera (. . . *compañeros en el bien y el mal*) y prendí un *Delicado*, mientras ella insertaba la llave y encendía el motor.

Cruzamos por varias avenidas hasta llegar a 5 de Mayo y buscamos un estacionamiento. Cubiertos los trámites entramos al Café la Blanca, donde su madre leía emocionada el periódico. Alzó la mano en gesto de saludo mostrando una enorme dentadura. Si quiere me come, pensé. Para mi desconcierto me plantó un gran beso en la mejilla y me preguntó cómo estaba. Sin aguardar una respuesta se dirigió a Tamara en tono burlón:

—Deberías sacarlo más a la calle, mira qué pálido está, la gente va a decir que lo tienes encuerado y sin comer. Después rió con una soltura muy agradable, ya me estaba cayendo bien la señora.

—¿Ya vieron el periódico?—continuó la señora emocionada—. Parece que la persecución no ha terminado.

—¿Cuál persecución?—preguntó Tamara mientras alzaba la taza de café con leche.

—La de la periodista, Laura Sorrento, ésa que se puso a investigar lo de Morrón del Bosque.

Estuve a punto de tirar todo lo que había en la mesa, cuando me fui para atrás con todo y la silla de junto. Laura Sorrento era una persona muy cercana, demasiado dirían algunos colegas.

—¿Me permite?—dije tratando de que mis palabras no sonaran desesperadas, mientras tomaba el periódico de las manos de 'mamá'.

La nota decía lo siguiente: . . . *lo que se pensaba un caso cerrado, ha cobrado nueva fuerza en la prensa y la vida nacional. Morrón del Bosque, el estudiante secuestrado misteriosamente de su domicilio por presuntos agentes judiciales hace seis semanas, ha dado señales de vida, cuando el día de ayer apareció una nota en este diario, en la que Laura Sorrento, la periodista que tomó en sus manos el caso por petición expresa de la madre del joven desaparecido, afirmaba haber sostenido una conferencia telefónica con él. Todo parece indicar que la periodista y su colaborador, el fotógrafo*

actualmente escondido por la reciente persecución, retomarán el caso y, "... esta vez — escribe ella misma —, no se nos escapa nadie". Se esperan represalias contra los periodistas.

—Qué te pasa Joaquín, te pusiste blanco.

—...

—Se me hace que se asustó con lo de la noticia. A mí lo que me intriga es lo del fotógrafo escondido, ¿quién será?

—Un imbécil —respondí encondiendo un cigarrillo, al tiempo que me levantaba y salía de ahí, para llamar por teléfono.

* * *

Hoy no llueve. Profetizó Joaquín de espaldas a la puerta. *Mejor.* Dijo Laura ajustando el impermeable alrededor de su bien formado cuerpo. Se despidió del fotógrafo y salió del edificio. La oscuridad de la noche se cernía amenazante sobre las calles de la ciudad.

Mientras caminaba repasaba los hechos de la última semana. El trabajo en la redacción la tenía encadenada. Y la historia de los camellos carnívoros en el Desierto de los Leones era aberrante. No podía más. Ahora sólo deseaba una taza de café y la tina a medio llenar, para no ahogarse como la última vez. Sacó las llaves del bolso y abrió lentamente el automóvil. Encendió y empujó con cierto placer la palanca de velocidades, como si con ello sellara un pacto sanguíneo, del que nada la podía desviar.

Una hora después —cincuenta minutos para llegar al apartamento, y diez para hacer el café, ya desnuda— su cuerpo descansaba dentro del agua caliente. Todo era paz y calma, hasta que sonó el teléfono en la cocina. Trató de bloquear el sonido, pero no pudo. Se incorporó con lentitud, se echó encima la bata y recorrió las dos habitaciones que la separaban del aparato. Contestó con un tono dulce, a pesar del enojo. No hubo respuesta por unos segundos, hasta que se escuchó al otro lado de la bocina una voz entrecortada:

—Disculpe usted la hora, pero es que encontré su teléfono apuntado en una hoja, y como aquí dice que es usted periodista . . . —dijo una mujer entre sollozos.

—Está bien, cálmese. Pero dígame ¿quién es usted? ¿Qué le pasa?

—Es sobre mi hijo — y aquí la señora se soltó en llanto, pero se contuvo rápidamente—. Hace como tres horas que se lo llevaron unos agentes, y él me gritaba algo que no escuché, pero sé que no hizo nada malo. Ayúdeme, por favor.

—Mire señora, cálmese, yo no puedo ayudarla, tiene usted que ir a ver a un abogado, seguro que su hijo está en alguna delegación —susurró Laura, respetando profundamente el silencio del edificio.

—No está en ninguna delegación, ya fui a todas y nadie sabe nada de él, no hay actas de detención. Ya fui también a la Cruz y no tienen a nadie con su descripción. Necesito que me ayude alguien, ya no sé que hacer.

—Está bien señora. Lo que vamos a hacer es lo siguiente. Le voy a dar el

Fragmento de novela

teléfono de un abogado amigo mío, y le cuenta lo mismo que acaba de decirme. También le doy el teléfono de la redacción del periódico. Ahora, lo único que puedo hacer es tratar de que publiquen una nota con los datos de su hijo. Pero de eso no estoy segura. Ahora váyase a dormir, yo voy a tratar de averiguar si está en la Procuraduría.

—Gracias, muchas gracias.

Después de intercambiar teléfonos colgó la bocina. Dejó que la bata se deslizara por su cuerpo hasta tocar el suelo, disfrutando su desnudez al máximo. Giró sobre sus talones y recorrió el departamento con la mirada, hasta encontrar el espejo. Se miró detenidamente. La carne seguía firme y hermosa sobre sus huesos. Los pechos alzados, le recordaban dos cerritos gemelos que había visto en Oaxaca durante un reportaje. La comparación la hizo esbozar una sonrisa. Caminó por entre los muebles de la estancia, hasta posarse frente a una cómoda de madera, donde guardaba las botellas. Extrajo una de ron y sirvió dos dedos en un vaso ancho.

El agua de la tina estaba fría, así que abrió la llave de la regadera y esperó a que saliera vapor, graduó la temperatura y se metió debajo de la catarata. Diez minutos fueron suficientes para que el sueño comenzara a golpearla. Ya seca, se lanzó temeraria a la cama, de la que no se levantó hasta las once del otro día, cuando la luz de sol la cubría con un manto mágico, y el teléfono sonaba con desenfreno.

